

APÓCRIFOS HISTÓRICOS

José Carlos Canalda



ÍNDICE

PRESENTACIÓN	2
LA VERDADERA HISTORIA DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA	3
LA VERDADERA HISTORIA DEL PRIMER VIAJE A LA LUNA	5
LA VERDADERA HISTORIA DEL PASO DEL RUBICÓN	6
LA VERDADERA HISTORIA DE STANLEY Y LIVINGSTONE	8
LA VERDADERA HISTORIA DEL BIG BANG	12
LA VERDADERA HISTORIA DE LA MANZANA DE NEWTON	13
LA VERDADERA HISTORIA DE LA LEY DE LA GRAVEDAD	15
LA VERDADERA HISTORIA DE LA INVENCIÓN DE LA RUEDA	17
LA VERDADERA HISTORIA DEL APOLO XIII	19
LA VERDADERA HISTORIA DE LA CONQUISTA DEL EVEREST	20

PRESENTACIÓN

Tal como su nombre indica estos cuentos son versiones apócrifas, cuando no descaradamente parodias, de relatos clásicos -o no tan clásicos, pero sí conocidos- y a la vez irreverentes, es decir, muy poco o nada ortodoxas, habiendo intentado, eso sí, no dejar títere con cabeza.

He de reconocer que pocas veces me he divertido tanto como escribiendo estas gamberradas, aunque es probable, eso sí, que algún celoso guardián de la prístina pureza de los relatos pudiera pedir que me llevaran a patíbulo por ello... allá él, es evidente que hay que leerlos con ánimo de echar una carcajada o, por lo menos, una sonrisa. Si es así, habré conseguido lo que buscaba.

Los relatos, dada su heterogeneidad, están agrupados por series, aunque en las ocasiones en que algunos de los relatos podrían encajar en dos apartados, como es el caso de los de ciencia ficción o los literarios con los cinematográficos, he optado por elegir la versión original, lo que hace que los dedicados a Frankenstein o Drácula estén clasificados entre los literarios, mientras que aquéllos en los que las “víctimas” son King Kong, Godzilla o los protagonistas de *La guerra de las galaxias* lo han sido entre los cinematográficos. Asimismo bastantes de estos relatos entrarían perfectamente en la categoría de los ultracortos, pero debido a su temática específica he preferido recogerlos aquí.

Dada su extensión, para una mayor comodidad de lectura los he dividido en varios volúmenes. Los correspondientes a éste son los *Apócrifos históricos*. Dentro de él he organizado los relatos en orden cronológico conforme fueron escritos, salvo cuando existen varios que comparten un mismo título, ordenados de forma sucesiva por la numeración.

Y eso es todo. Espero que se diviertan.

José Carlos Canalda

LA VERDADERA HISTORIA DEL DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA

Erguido con arrogancia en la proa del bote, Cristóbal Colón atisbaba impaciente la cercana playa, al tiempo que aferraba con su mano derecha el mástil del pendón de Castilla que, flameando orgulloso al viento, parecía estar asimismo ansioso por verse plantado en esas tierras vírgenes atisbadas en lontananza que muy pronto pasarían a ser patrimonio de la Reina Católica.

Ese doce de octubre del año del Señor de 1492 iba a verse escrita una página fundamental de la historia de la humanidad, aunque el almirante todavía no lo sabía, convencido como estaba de haber encontrado tan sólo una nueva ruta hacia las lejanas Indias.

Impulsado por los sólidos brazos de los remeros, el bote dio un último embate sobre las aguas antes de quedar varado en la arena. Colón, ansioso por ser el primero en hollar la tierra recién descubierta, saltó a la desierta playa seguido de cerca por el resto de sus compañeros. Con gesto firme clavó el pendón en la dorada arena, abrió la boca para tomar posesión del lugar en nombre de su majestad la reina Isabel y...

Se quedó mudo al comprobar que del frondoso palmeral que delimitaba a la playa por la parte de tierra adentro había surgido una multitud de soldados -porque evidentemente eran hombres de guerra, pese a lo extraño de sus atavíos- los cuales, desplegándose rápidamente en forma de media luna, les rodearon por completo cerrándoles cualquier posible vía de escape excepto la del mar, cuyas olas rompían mansamente a sus espaldas.

Perplejo, el almirante guardó silencio al tiempo que contemplaba como les apuntaban con unos extraños bastones, al parecer de hierro, que tenían todo el aspecto de ser armas de fuego... y lo eran, como pudo comprobar cuando uno de sus marineros, movido por el terror, intentó buscar refugio en el abandonado bote. Sonó un seco estampido procedente de uno de los bastones y el desgraciado cayó fulminado tiñendo con su sangre la arena.

El que parecía mandar a los desconocidos bramó una orden en un idioma desconocido que a Colón le recordó remotamente a la lengua que había oído hablar a algunos marinos ingleses. No obstante, y pese a no entender lo que decía, su significado estaba bien claro; les conminaba a la rendición.

Soltando el pendón, que dejó abandonado a sus espaldas, y conteniendo la rabia que le embargaba, Colón avanzó lentamente hacia sus captores con los brazos en alto. Sus hombres, según pudo observar, le imitaron dócilmente.

* * *

Algún tiempo después, y gracias a los buenos oficios de un traductor que rumiaba un extraño español a duras penas inteligible, Colón y sus compañeros pudieron ser conscientes de las circunstancias en las que se encontraban. Habían sido hechos prisioneros por los soldados de un desconocido, y al parecer poderoso, imperio llamado por sus habitantes Guiunaitedesteit, que al parecer ocupaba un vasto territorio situado entre Europa y los exóticos reinos orientales de Cipango y Catay a los que en un principio el navegante genovés había pretendido llegar atravesando el Océano Tenebroso.

Se encontraban prisioneros, junto con una multitud de hombres extraños procedentes de remotas y desconocidas tierras paganas, en una enorme prisión llamada Guantánamo, situada según les dijeron en la costa de una gran isla a la que daban el nombre de Cuba, no demasiado lejos del lugar en el que fueran capturados.

Se les acusaba de ser terroristas; tuvieron que explicarles que se trataba de asesinos que atacaban a personas inocentes con fines políticos, algo que realmente no acabaron de entender; al fin y al cabo, ¿no era precisamente eso lo que había venido haciéndose en todas las guerras desde que el mundo era mundo?

Por supuesto Colón y sus compañeros habían protestado airadamente reclamando su libertad, al tiempo que esgrimían su condición de súbditos castellanos; pero de nada les había servido frente a sus hieráticos carceleros. Éstos, en tono de burla, le insistían en que en España no había ninguna reina Isabel ni ningún rey Fernando, añadiendo que más les habría valido buscarse una excusa más verosímil.

Y allí siguieron, y seguirían estando durante mucho tiempo...

LA VERDADERA HISTORIA DEL PRIMER VIAJE A LA LUNA

La puerta del módulo Eagle se abrió al frío y desolado vacío lunar y una figura grotesca apareció enmarcada contra el firmamento estrellado. Era el astronauta Neil Armstrong que, equipado con un aparatoso traje espacial, estaba a punto de convertirse en el primer ser humano que hollara la superficie de un astro distinto a nuestro planeta.

Lenta, cautelosamente, Armstrong comenzó a bajar los peldaños de la corta escalerilla que le conducía a la gloria, mientras repasaba mentalmente la frase con la que pretendía pasar a la posteridad: “Es un pequeño paso para un hombre, pero un gran salto para la humanidad”.

Pero nunca llegaría a pronunciarla. Cuando tan sólo le quedaba un peldaño para consumir la proeza, su vista se detuvo en un extraño objeto que campeaba sobre la superficie lunar apenas a unas decenas de metros de distancia de su vehículo.

Era un cartel de gran tamaño, en el cual pudo leer, en caracteres luminosos trazados en vivos colores, la siguiente frase en perfecto inglés (posteriormente se sabría que en realidad estaba escrita en mnemos, el idioma mental común a todos los seres inteligentes del universo):

PLAY ALIEN
La revista más audaz
para el lector más exigente
de uno a otro rincón de la galaxia.
Pídala en su establecimiento favorito.
No le defraudará.
Recuerde:
PLAY ALIEN
La revista que le satisfará plenamente
sea cual sea su raza,
fisiología, metabolismo
u orientación sexual.

Perplejo, Armstrong se detuvo en su descenso diciéndose a sí mismo:

-Bueno, la verdad es que, pese a todo, esto no ha resultado ser demasiado diferente de lo que hemos dejado atrás.

Y con un encogimiento de hombros desanduvo su camino volviéndose a introducir en el módulo lunar. Necesitaba comunicar con Houston para informarles de que tenían un problema.

LA VERDADERA HISTORIA DEL PASO DEL RUBICÓN

La larga columna del ejército de Julio César serpenteaba por las llanuras situadas al sur del Po de retorno de su patria tras haber ensanchado los límites de Roma con la conquista de las Galias. Pero no era una vuelta triunfal, ya que su general estaba enfrentado con el poderoso Senado, e incluso existía el temor de que pudiera estallar una nueva guerra civil.

Por esta razón el triunfante general pretendía detenerse en la frontera del territorio sometido a la jurisdicción senatorial, marcada por el pequeño riachuelo conocido como Rubicón, sin llegar a invadirlo. Desde allí le bastaría con desplegar sus experimentadas tropas, en una impresionante demostración de fuerza, para convencer a los senadores de la conveniencia de tenerle como aliado y no como enemigo.

De esta manera esperaba poder lograr su objetivo de apoderarse de la urbe sin necesidad de recurrir a la violencia, de la cual le constaba que estaban hastiados ya sus conciudadanos tras el largo período de cruentas guerras civiles que se habían visto obligados a sufrir, casi sin solución de continuidad, durante varias décadas.

El problema era que desconocía el lugar exacto por el que discurría el insignificante Rubicón, razón por la que había recurrido a un guía local que prometió conducirles hasta su orilla.

Llegaron al fin junto a un pequeño curso de agua y Julio César, impaciente, preguntó al guía si se trataba del Rubicón. Éste, tras atisbar los parajes circundantes, respondió de forma negativa:

-No, señor, no es el Rubicón, sino otro riachuelo parecido que discurre paralelo a él algunas millas antes de su curso. Además -remachó a modo de confirmación-, aprecia que en el vado no aparece el miliario que debería señalar el inicio del territorio romano.

Era cierto, así que el general ordenó que sus tropas cruzaran el cauce mientras él permanecía, junto a su estado mayor, apostado en un pequeño otero al lado del camino. Había cruzado ya la mayor parte de su ejército, cuando un centurión llegó corriendo cual alma que lleva el diablo y con el rostro desencajado le espetó:

-¡Señor! ¡Nos hemos equivocado! ¡Este río es realmente el Rubicón!

-¿Qué dices, centurión? El guía nos ha asegurado que... -respondió César al tiempo que veía por el rabillo del ojo cómo éste se escabullía aprovechando la confusión.

-Señor, mandé a unos soldados a explorar la ribera en prevención de que pudiera haber espías apostados, y uno de mis hombres encontró el miliario fronterizo; estaba caído y semioculto por los cañaverales, probablemente lo debió derribar algún carro al pasar por su lado camino del vado.

-¿Estáis seguros? -bramó el general rebelde.

-Totalmente, mi general. La inscripción no dejaba lugar a dudas.

-¿Y por qué, voto a Marte, no lo volvieron a levantar? ¿De qué sirve un miliario caído y escondido, salvo para confundir a los viajeros?

-Mi general -respondió uno de sus lugartenientes-, al pasar por la última aldea oí comentar a unos lugareños algo acerca de una huelga indefinida de los peones camineros, al parecer en protesta porque el Senado les había suprimido la paga extraordinaria de las Saturnales... entonces no le di mayor importancia -concluyó contrito.

-Pues la hemos hecho buena -bufó César-. Todos mis planes se han ido al garete.

-Todavía no, señor -intervino otro de sus subordinados-. Apenas si han terminado de cruzar las tropas, podríamos dar orden de que volvieran atrás...

-Déjalo, Marco, no merece la pena. Estoy convencido de que había espías del Senado en la orilla opuesta, y que ahora mismo deben estar yendo a galope tendido a comunicar en Roma que hemos cruzado el Rubicón. Es inevitable que nos declaren enemigos del Senado y nos proclamen proscritos; ésta era la excusa que estaban esperando, y nosotros hemos mordido el anzuelo como besugos. De nada nos serviría retroceder, salvo para que además nos tildaran de cobardes.

-¿Entonces? -todos los miembros de su estado mayor aguardaban expectantes.

-¡Qué le vamos a hacer! No nos queda otro remedio que improvisar y seguir adelante, y que sea lo que los dioses quieran.

Y espoleando a su caballo, atravesó el Rubicón mascullando entre dientes:

-Alea jacta est.

LA VERDADERA HISTORIA DE STANLEY Y LIVINGSTONE

Tras un largo y accidentado viaje a través de los ignotos territorios del África Oriental, el intrépido Henry Morton Stanley arribó al fin a Ujiji, la remota aldea ribereña del lago Tanganica donde, según sus indagaciones, podía encontrarse el desaparecido explorador David Livingstone. Al menos los nativos hablaban de la presencia en ella de un hombre blanco, por lo que era muy probable que pudiera tratarse de él.

Stanley entró presuroso en la cabaña que le indicaron y, descubriendo en su interior a un personaje con el rostro velado por la penumbra, le dirigió un saludo que a la vez era una pregunta:

-Doctor Livingstone, supongo...

Para su sorpresa, éste se levantó de su asiento respondiéndole en perfecto inglés:

-Lamento tener que decirle que se equivoca. Soy John Clayton III, hijo de Lord Greystoke, aunque los indígenas me conocen como Tarzán de los Monos. En cualquier caso, sea bienvenido a mi humilde morada.

Stanley, perplejo, permaneció inmóvil haciendo caso omiso a la mano que le tendía su anfitrión. Evidentemente no podía tratarse de Livingstone, pues quien tenía frente a él era un joven de larga cabellera y fornida musculatura, tal como podía apreciar gracias a su semidesnudez apenas velada por un somero taparrabos. Nada que ver, pues, con el misionero y explorador que había venido a buscar, quien frisaba los sesenta años y presumiblemente se encontraba enfermo.

-Siento desilusionarle, pero insisto en que yo no soy ese señor que busca -añadió Clayton, amoscado por la descortesía del visitante.

-Disculpe, señor... -logró balbucir al fin el periodista- pero es que no esperaba esto.

-¿Que no fuera yo el objeto de sus pesquisas? -soltó una carcajada y continuó-. Tenga en cuenta que para los negros todos los blancos somos iguales; y aunque pocos, yo no soy el único de nuestra raza que vive por aquí... ni tampoco, supongo, el doctor Livingstone.

-No se trata de eso... -titubeó- lo que ocurre es que usted no es un ser real.

-¿De veras? -ironizó Tarzán flexionando sus bíceps-. Bien, podemos probar a darle un puñetazo en la cara, para comprobar si el daño es o no real...

-No... no creo que sea necesario -respondió Stanley retrocediendo instintivamente en dirección a la puerta de la cabaña-. Me refiero a que, como todo el mundo sabe, usted es un

ser ficticio creado por Edgard Rice Burroughs, el protagonista de una larga serie de novelas ambientadas en África. Por si fuera poco, faltan todavía más de cuarenta años para que sea publicada la primera de ellas, y de hecho ni tan siquiera ha nacido aún su autor.

-Pues yo me veo bastante consistente... -rió de nuevo Tarzán golpeándose el pecho a la manera de los gorilas-. Pero comprendo su sorpresa. Eso sí, permítame que le haga una pregunta. ¿Está convencido de que, a diferencia mía, usted sí es *verdadero*? -preguntó, enfatizando el adjetivo.

-¡Por supuesto! -se engalló el aludido en un repentino arranque de orgullo-. Yo no soy una creación literaria, sino un hombre real con una larga y constatada biografía. ¿Acaso lo duda? Aparezco en todas las enciclopedias.

-¡Oh, por supuesto que no! Tiene usted toda la razón. Existe, o mejor dicho existió, un periodista y explorador llamado Henry Stanley que a lo largo de su vida realizó numerosas hazañas, incluyendo el hallazgo del desaparecido doctor Livingstone. Pero, ¿está seguro de que él y usted son la misma persona?

-¡Cómo no!

Tarzán no se inmutó y, ofreciéndole un tosco escabel hecho con troncos rudamente desbastados, le rogó que se sentara.

-Como puede comprobar no dispongo de muchas comodidades -explicó al periodista-, pero en cualquier caso estará mejor sentado que de pie. Y ahora -continuó-, permítame que le explique. Yo, como usted bien ha dicho, soy fruto exclusivo de la imaginación de un escritor, dado que en el mundo real nunca existió ningún John Clayton al igual que no hubo un Don Quijote ni un Hamlet. Pero otros autores sí se inspiraron en personajes históricos para urdir unos relatos cuyos protagonistas, visto de esta forma, son tan *reales* como yo; ¿acaso existieron el Claudio de Robert Graves, el Juliano el Apóstata de Gore Vidal o el Alejandro Magno de Mary Renault?

-¿Insinúa que yo...?

-No lo insinúo, tengo la certeza de que usted no es sino la recreación literaria de un escritor, basada eso sí en el Henry Stanley histórico.

E interrumpiendo la airada protesta del interesado, continuó:

-¿Acaso puede usted explicarme cómo ha sido capaz de identificarnos, a mí y a mi padre literario, cuando se supone que estamos en 1871, su alter ego murió en 1904 y yo no *nací* hasta 1912? De ser como usted dice, y salvo que dispusiera de una máquina del tiempo, no había manera de que usted pudiera llegar a conocer estos datos.

La expresión de Stanley fue tan patética que Greystoke, poniéndole amistosamente la mano en el hombro, le consoló:

-Comprendo como se siente, a mí me pasó lo mismo cuando descubrí mi verdadera naturaleza... con el agravante de que en mi caso era todavía peor, ya que mi personalidad se basaba en una falsedad científica; porque como es sabido, los niños salvajes reales suelen adolecer de unas deficiencias intelectuales irreparables resultando prácticamente imposible integrarlos en la sociedad. Y eso que tenía el precedente del pobre Mowgli.

-Pero yo... -balbuceó el abatido Stanley- ¿qué pinto aquí? No conozco más libros basados en mi persona que los que escribí relatando mis viajes por los distintos continentes...

-No se caliente la cabeza. Desde que se inventó Internet cualquiera puede subir a la red todo lo que se le ocurra, con lo cual nadie mínimamente conocido está libre de sus desmanes sin importar que le vayan a leer cuatro gatos. En concreto, el autor de este cuento es especialmente aficionado a revolver y mezclar todo lo que se le ponga por delante, sean personajes históricos, literarios, mitológicos... ni tan siquiera los venerables patriarcas bíblicos se han visto a salvo de sus desmanes.

-Pues podía haberse olvidado de mí, al fin y al cabo no soy tan importante.

-No se queje, hubiera podido ser todavía peor. A la pobre Caperucita la trae mártir, y son varios quienes han protestado ya en Personal... sin conseguir nada. Así pues -Tarzán se encogió de hombros-, es mejor tomárselo con filosofía y esperar a que se canse de jugar con nosotros.

-Sí, pero ¿qué pinto yo aquí? -volvió a repetir la pregunta-. Maldito el interés que tengo como protagonista de uno de sus dichosos relatos.

-Cualquiera sabe, tiene una imaginación tan retorcida que puedes verte arrastrado por donde menos lo esperas. Por fortuna no le gusta escribir relatos largos, razón por la que no creo que tardemos mucho en vernos libres... hasta que se vuelva a acordar de alguno de nosotros, claro.

-El problema es que yo no tengo experiencia en estos temas -suspiró Stanley-, ésta es la primera vez que me veo metido en uno de estos fregados y no sé qué hacer. ¿Qué me recomienda usted?

-Que acepte mi hospitalidad y nos tomemos unos tragos de la cerveza de plátano que elaboran estos muchachos ex profeso para mí; le aseguro que está realmente buena, sobre todo si se la acompaña con unas tapitas de cecina de ñu y de queso curado de búfala. Mientras tanto, esperaremos a que se canse y dé por terminado el cuento.

-Habrá que resignarse -concedió el explorador, al tiempo que con una mano cogía el vaso de cerveza que le ofrecía, risueño, su anfitrión y alargaba la otra hacia la apetitosa cecina.

Para su desgracia no llegó a probar ni la una ni la otra, puesto que cuando iba a dar el primer trago la escena se fundió repentinamente en negro, al haber decidido el autor concluir allí mismo el cuento.

LA VERDADERA HISTORIA DEL BIG BANG

El Creador del Universo, que todavía no se llamaba así, se encontraba mal. Había asistido a la fiesta organizada por uno de sus vecinos del multiverso y, poco acostumbrado a consumir lo que para él era el análogo a las bebidas alcohólicas de fuerte graduación, se había mareado.

De vuelta a su acogedor universo sintió cómo su etéreo organismo se convulsionaba, resultado de lo cual fue el equivalente inmaterial a una súbita evacuación de gases intestinales. Concluida la cual, se sintió notablemente aliviado.

“¡Jamás volveré a ir a una fiesta de éstas!” -prometió, recordando el mal rato que había pasado. Lo cual, considerando su naturaleza inmortal, era una decisión realmente seria.

Y se olvidó del tema. Se olvidó, incluso, de las consecuencias que acarrearía ésta.

Había comenzado el Big Bang.

LA VERDADERA HISTORIA DE LA MANZANA DE NEWTON

Isaac Newton, temido por su carácter irascible, estaba que se subía literalmente por las paredes. Él, la mente más preclara de su tiempo (y bien que se jactaba de ello), había fracasado una y otra vez a la hora de intentar desentrañar la naturaleza de la gravedad, esa esquiva magnitud física que parecía querer burlarse de él escurriéndosele entre los dedos como si fuera un intangible fantasma.

Profundamente frustrado, se levantó del banco donde por enésima vez había estado reflexionando sin el menor resultado, y comenzó a pasear con impaciencia por el jardín. En su ofuscación no miró donde pisaba teniendo la mala suerte de tropezar con la madriguera de un topo, lo que le hizo caer cuan largo era dándose un considerable golpe apenas amortiguado por la hierba que tapizaba el suelo.

Mascullando maldiciones se levantó dolorido y, tras asegurarse de la ausencia de testigos de su caída, comenzó a arreglarse la maltrecha ropa ya que, bajo ningún concepto, deseaba que la servidumbre fuera partícipe de su humillante percance.

Fue justo entonces cuando le alcanzó de forma repentina la inspiración, aunque por desgracia en la crónica de su trascendental descubrimiento no ha quedado constancia de si, como afirman algunos biógrafos, llegó a exclamar ¡eureka! en homenaje a Arquímedes, su ilustre predecesor. Lo que sí ocurrió fue que, gracias a tan prosaico tropiezo, su privilegiado intelecto logró ensamblar al fin las piezas del rompecabezas que tanto le había estado torturando, gracias a lo cual habría de pasar a la posteridad como uno de los mayores genios de la ciencia moderna.

Ahora lo comprendía... lo comprendía todo con una nitidez pasmosa, sorprendiéndole que una ley tan sencilla se le hubiera estado resistiendo tenazmente durante tanto tiempo. Y olvidándose de sus anteriores reparos ante el desmañado aspecto que ofrecía, se apresuró a encaminarse a su gabinete con objeto de plasmar sobre el papel lo antes posible la fórmula que le habría de hacer mundialmente famoso:

$$F = G \times Mm/d^2$$

Pero a mitad de camino se detuvo dubitativo. La fórmula, de ello estaba seguro, le proporcionaría la gloria eterna... a costa, claro está, de su dignidad maltrecha al verse obligado a reconocer que la había encontrado gracias a la involuntaria ayuda de una miserable alimaña. Fue entonces cuando su vista tropezó providencialmente con los cercanos manzanos, rebosantes sus verdes copas con los dorados reclamos de sus frutos. Se fijó también en las manzanas maduras que yacían caídas a los pies de los troncos, e inmediatamente encontró la solución que dejaría a salvo su orgullo.

¿Qué mas daba que el hallazgo de la fórmula le hubiera llegado por la caída de una manzana, o la de su propio cuerpo? ¿No era la ley que acababa de descubrir de naturaleza universal? Por tanto, una inocente mentira no alteraría lo más mínimo la importancia de su descubrimiento, librándole de cotilleos mezquinos. El gran Isaac Newton tropezando como un idiota en su propio jardín... ¡jamás!

Para celebrarlo, se comió la manzana madura más grande que encontró.

LA VERDADERA HISTORIA DE LA LEY DE LA GRAVEDAD

Isaac Newton estaba contento. Exultante en realidad, lo cual, dado su carácter huraño y desabrido, resultaba todavía más excepcional.

Pero tenía motivos sobrados para estarlo, pues no todos los días se logra desentrañar una de las leyes fundamentales de la naturaleza, una cuestión que le había traído de cabeza desde hacía muchos años y que de repente se había desvelado ante sus ojos de la manera más simple e inesperada mediante la observación de la caída de una manzana de un árbol. Así de sencillo, y así de trascendental.

Sin embargo, tropezaba aún con un pequeño detalle que, a modo de china en el zapato, no dejaba de azorarlo: el nombre con el que debería bautizar a su nueva ley. Él entendía que, dado que gracias a ella su nombre pasaría a la posteridad, no podía elegir cualquiera, pero ninguna de las que había imaginado le resultaba suficientemente solemne.

Aunque en un principio consideró denominarla con su propio apellido, pronto descartó esta posibilidad no por modestia, que éste era un defecto del que por fortuna carecía, sino por el temor a que alguno de sus rivales o de sus enemigos, categorías ambas suficientemente nutridas, aprovechara la ocasión para atacarle allá donde tenía la piel más sensible, su orgullo. Y, para su disgusto, ninguna otra de las que se le ocurrían le satisfacía lo más mínimo.

“Ley atractiva-repulsiva... ley cuadrática de las distancias... ley de las masas proporcionalmente influenciadas... ley planeta-satelital... ley ligante... ley universal de las atracciones mutuas...” El bueno de sir Isaac se devanaba los sesos profundamente irritado ante su impotencia a la hora de buscar un simple nombre, él que había demostrado ser una de las mentes más preclaras de la historia de la humanidad...

Intentaba de nuevo retomar la irritante búsqueda cuando unos discretos golpes en la puerta de su gabinete le avisaron de que Richard, su fiel mayordomo y única persona autorizada a entrar en su refugio, pretenía comunicarle algo.

-Ahora no, Richard -bufó malhumorado apenas éste se presentó ante él, más tieso en su librea que el palo de una escoba-. Estoy demasiado ocupado para preocuparme por minucias -minucias eran para Newton cualquier cosa que perturbara su rutina-. Espero que sea algo importante.

-Me temo que lo es, señor -respondió el digno fámulo capeando, como experto que era, el temporal-. Acabo de recibir el aviso de que sir Henry Harris ha sufrido una caída de caballo mientras jugaba al polo. Según me dice Arthur, su mozo de cuerdas, que es quien ha traído el mensaje, se encuentra bastante grave.

Puesto que el herido era uno de los escasos amigos con los que contaba el científico, éste se apresuró a aparcar temporalmente sus indagaciones semánticas para encaminarse a su residencia, distante apenas diez millas de la suya, tras ordenar que le prepararan un carruaje e instar al cochero a que azuzara a los caballos.

Mas no por ello abandonó sus ejercicios mentales mientras el coche se zarandeaba y saltaba cada vez que sus ruedas tropezaban con un bache; de haberlo hecho, no habría sido sir Isaac Newton. Y esta vez tuvo la suerte que antes le había faltado, puesto que una concatenación de ideas le condujo por fin al deseado hallazgo:

“Manzana que cae del árbol... Henry que cae del caballo... Henry grave... ¡LEY DE LA GRAVEDAD!...” -concluyó triunfante.

Para cuando llegó a la residencia de su amigo, ya sabía el nombre con el que su ley universal sería conocida por los siglos de los siglos. De paso, se interesó también por el estado de salud de quien de involuntariamente le había ayudado de forma tan eficaz a lograr su objetivo.

LA VERDADERA HISTORIA DE LA INVENCION DE LA RUEDA

Huyendo del fuerte sol de mediodía Kaar, el jefe de la tribu, se refugió en el fresco interior de la cueva. Su satisfacción duró poco, justo hasta que sus ojos, una vez acostumbrados a la oscuridad, descubrieron la figura de alguien que no debería estar ahí.

Se trataba, según pudo apreciar al acercarse, de Rim, un jovencuelo que en más de una ocasión le había traído quebraderos de cabeza a causa de su persistente tendencia a desobedecer sus órdenes.

-¿Qué haces aquí? -gruñó frunciendo el ceño-. ¿No deberías estar cazando con el resto de la partida?

-Ayer me torcí un pie cuando perseguíamos a una presa, y todavía me duele bastante cuando intento andar -respondió el muchacho a modo de disculpa-. Dwin -éste era el nombre del jefe de los cazadores- me dijo que me podría quedar en la cueva hasta que se me curase.

-¿Y qué es lo que estás haciendo? -insistió el jefe ejerciendo su autoridad, al tiempo que miraba con interés el objeto sobre el que había estado inclinado Rim.

Se trataba, según pudo comprobar, de un bloque de piedra, de aproximadamente una mano abierta de tamaño, al que el chico había tallado meticulosamente hasta darle una forma circular más ancha que gruesa. En el momento de la interrupción, al parecer, estaba tratando de perforar un agujero en el centro.

-¡Oh! -el muchacho respondió confuso, como si hubiera sido pillado en mitad de una travesura-. Me aburría, y decidí probar una idea que se me ocurrió hace varias lunas. He cogido una piedra blanda, que no servía para tallar puntas de flecha, y le he dado esta forma redonda. Ahora le estaba abriendo un agujero por el que pretendo atravesar un palo recto.

-¿Y para qué? -le espetó Kaar disimulando su ignorancia.

-He pensado que sujetándolo de alguna manera a un armazón de los que usamos para arrastrar las presas que cazamos, quizá podríamos moverlas con más facilidad, ya que la piedra daría vueltas sobre el palo ayudando al arrastre. A veces éstas son muy pesadas, y casi cuesta más trabajo traerlas a la cueva que cazarlas.

Aunque Kaar seguía sin entender absolutamente nada de lo que para él era tan sólo un galimatías sin sentido, tenía que dejar bien claro a este mocoso quien mandaba allí y quien era el único con derecho a tener ideas que los demás estaban obligados a obedecer sin

rechistar. Así pues, dando un fuerte sopapo al desprevenido Rim, que reculó hasta la pared de la cueva, le gritó:

-¡Estoy harto de tus tonterías, y no estoy dispuesto a consentirte una sola desobediencia más! ¡Mira lo que hago con tu *idea* -enfaticó al tiempo que estampaba la piedra contra el suelo, rompiéndola en pedazos-. En cuanto a ti, te quiero ver haciendo algo útil en vez de perder el tiempo en tonterías; si no puedes salir a cazar, ahí tienes un buen puñado de puntas de flecha melladas a las que es preciso afilar. Ya lo estás haciendo, y como cuando vuelva no estén todas terminadas, te pienso dejar atado de pies y manos junto al cubil de las hienas. ¿Te enteras?

Tras lo cual salió bufando de la cueva en una estudiada pose de líder.

Por su parte el muchacho, que había soportado el chaparrón acurrucado en el rincón más profundo de la cueva, al comprobar que el energúmeno -así le consideraba en su fuero interno- se había ido, se apresuró a obedecer temeroso de su furia; si bien sabía que no cumpliría su amenaza, sí era muy capaz de darle una paliza que le dejara baldado o de tenerle castigado sin comer durante varios soles, de hecho no sería la primera vez que lo hacía con alguien que se hubiera mostrado díscolo o con todo aquel que cuestionara su jefatura.

Pero mientras se acariciaba con la mano la escocida mejilla, se reafirmaba en el plan que llevaba acariciando desde hacía algún tiempo: cuando salieran a cazar por la zona del río, que era el límite tácito entre su territorio y el de la tribu vecina, aprovecharía un descuido de Dwin para cruzarlo ofreciéndose a integrarse en ella. Tron, su jefe, aunque igual de fuerte era bastante más inteligente y menos brutal que Kaar, y sin duda sabría apreciar su invento para el que, por cierto, todavía no había encontrado un nombre... pero esto último podría esperar. Lo importante era que fuera aceptado por sus nuevos compañeros, y que Tron plantara cara al chasqueado Kaar cuando éste lo reclamara; aunque no sentía por Rim la menor estima y no disimulaba que le consideraba un engorro que ni siquiera se ganaba la comida que consumía, su orgullo herido le movería a exigir su retorno. Pero Tron sabía imponerse y defender a los suyos incluyendo, esperaba, también a él, y en el pasado había dado muestras sobradas de no temer a tamaño fanfarrón e ignorar sus exigencias.

Y por si fuera poco en la tribu de Tron estaba la muchachita a la que había atisbado en varias ocasiones mientras recolectaba bayas al otro lado del río, la cual siempre le devolvía la mirada con una sonrisa en los labios. Sí, estaba decidido: cruzaría el río en cuanto pudiera.

LA VERDADERA HISTORIA DEL APOLO XIII

-¿Y ahora qué hacemos? -preguntó Jack Swigert a Jim Lowell-. Tendremos que informar al control de tierra para ver como nos pueden sacar del atolladero.

El comandante de la misión guardó silencio mientras reflexionaba. Por una de las ventanillas del módulo de mando veía extenderse poco a poco una nubecilla blanca de oxígeno congelado. Sin duda el choque había roto el fuselaje del módulo de servicio y alguna esquirla metálica había perforado uno de los tanques de oxígeno vitales tanto para el funcionamiento correcto de los cohetes propulsores, como para mantener con vida a los tres astronautas.

Por otra de las ventanillas veía, a unos cincuenta metros de distancia y aparentemente inmóvil, ya que describía una órbita paralela a la suya, al objeto lenticular contra el que habían chocado minutos antes. Mediría unos veinte o veinticinco metros de diámetro, aproximadamente el doble de la longitud del Apolo, y alrededor de diez de ancho en su eje central, del que sobresalía una cúpula semiesférica de un material transparente. En su interior se vislumbraba la presencia de dos alienígenas humanoides, de grandes y peladas cabezas, gesticulando grotescamente con los tentáculos superiores de su cuerpo extendidos. Aunque no había manera de saber qué estaban diciendo, el astronauta suponía que tenían pinta de estar bastante cabreados.

Y motivos no les faltaban, puesto que el afilado borde del disco presentaba una considerable abolladura en el lugar en el que había chocado contra el módulo de servicio sin que, a pesar de ser aparentemente más maniobrera que el torpe Apolo, la nave alienígena hubiera logrado esquivar el impacto.

Lowell, recobrado de su mutismo, ordenó al piloto:

-Diles... diles que ha estallado un depósito de oxígeno; al fin y al cabo no mentimos. ¡Pero no se te ocurra dar más detalles! No quiero que nos tomen por locos.

Instantes después Swigert lanzaba al éter su histórica frase:

-¡Houston, tenemos un problema!

LA VERDADERA HISTORIA DE LA CONQUISTA DEL EVEREST

Edmund Hillary estaba exultante. Tras una dura escalada él y su compañero Tenzing estaban a punto de lograr la proeza de coronar la cima del Everest por primera vez en la historia, algo en lo que habían fracasado anteriormente todos cuantos lo hubieron intentado, algunos de los cuales con un final trágico como el de la expedición de George Mallory y Andrew Irvine, que tres décadas atrás habían sido tragados por la implacable montaña.

Pero ellos triunfarían, de esto estaba convencido el audaz escalador neozelandés. Apenas les quedaban por recorrer unos centenares de metros para alcanzar su destino, y ya saboreaba mentalmente las mieles del triunfo.

Fue al doblar un farallón que impedía la visión de la cumbre cuando toparon con una inesperada sorpresa: el estrecho sendero por el que caminaban estaba cortado por una barrera. Junto a ésta se alzaba una caseta, de la que salió un sherpa soltando una parrafada en nepalí de la que no entendió ni una sola palabra.

-¿Qué dice? -preguntó perplejo a su compañero.

-Que la tarifa por alcanzar la cima es de mil dólares o su equivalente en libras esterlinas, y que no acepta moneda local. A mí, por ser de aquí, me lo deja en la mitad.

-Pero... ¿Cómo es posible? Se supone que nosotros hemos sido los primeros en llegar.

-Está comprobado que los anglosajones siempre pecaréis de ombliguismo -respondió el sherpa-. Ciertamente, tú serás el primer occidental en conquistar el Everest y nadie te disputará la gloria de tu triunfo. Pero eso no reza para los habitantes del Himalaya, a los que seguiréis menospreciando excepto en lo relativo a utilizarnos como guías y porteadores.

-Está bien -concedió a regañadientes Hillary-. Supongo que no quedará otro remedio que pagar el peaje si queremos hacernos las fotografías que servirán como prueba de que llegamos hasta el final. El problema está en que no dispongo de esa cantidad en metálico.

-En esto no hay ningún problema -le tranquilizó Tenzing tras cruzar unas palabras con su compatriota-. El guarda dice que puedes hacerlo con un cheque o un pagaré, incluso manuscrito; bastará con tu firma, al fin y al cabo eres un caballero británico, no vamos a entrar en sutilezas sobre tu nacionalidad, y confían en tu palabra.

Ya en el camino de descenso Hillary, todavía afectado por la sorpresa, le comentaba a su compañero:

-Lo que no entiendo es como el guarda es capaz de subir y bajar aquí todos los días; porque lo que está claro es que no podría vivir en esa pequeña caseta, y además está el tema de los suministros de víveres.

-¡Oh, por supuesto que no! -exclamó risueño el sherpa-. Por muy acostumbrados que estemos a vivir en el Himalaya, ¿crees que le apetecería a nadie pegarse semejante paliza?

-Entonces, ¿cómo lo hacen?

-¿Cómo va a ser? Usando el funicular que llega hasta aquí por una ladera diferente de la que utilizan los escaladores, para pasar desapercibido.

-¿Un funicular? ¿Y nosotros jugándonos el tipo?

-Bueno, en esto radica la aventura con la que tanto disfrutáis los occidentales, consistente en buscar lo difícil y ser más chulos que nadie. Por esa razón ocultamos su existencia a los extranjeros, dejando que los escaladores lo hagan a su manera; les decepcionaría saber que su esfuerzo no serviría de nada si cualquier turista pudiera llegar hasta el final cómodamente sentado. Así todos quedamos contentos y de paso recaudamos un dinero que le viene muy bien a mi país.

Hillary no volvió a abrir la boca hasta que llegaron al campamento base; prefería darle vueltas a la cabeza pensando si debería hacer público o no lo que había descubierto. Finalmente optó por callar; al fin y al cabo Tenzing tenía razón; corría el riesgo de caer en el ridículo si contaba la verdad, aparte de que estaría en riesgo el ingreso en la Orden del Imperio Británico que le habían prometido. Aún más, estaba convencido de que todos los que llegaran después de él a la cima del mundo adoptarían la misma decisión... por la cuenta que les traía.